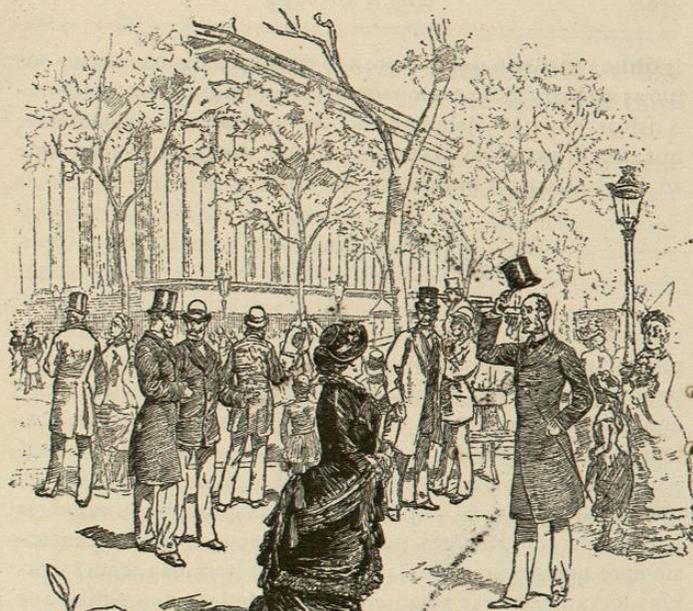
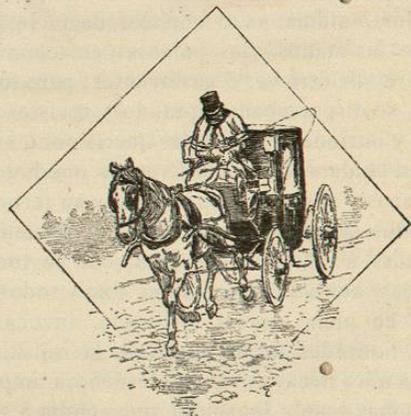


tamente, sostenida por aquel apretón sólido en el cual se apoyaban los últimos temblores de su ira, pudo salir del palacio por entre dos filas respetuosas. Pareja grandiosa y rústica, los millones del hijo iluminando la rusticidad de la madre como esos andrajos de santa que circuye un relicario de oro, desaparecieron en el resplandeciente sol que brillaba afuera, en el esplendor de su deslumbrante carruaje, ironía feroz en parangón con aquella tremenda indigencia, símbolo elocuente de la miseria espantosa de los ricos.

Sentados ambos en el fondo, porque temían ser vistos, al principio no se dijeron una palabra. Pero no bien hubo emprendido la marcha el carruaje, no bien vió perderse detrás de él el triste calvario en el cual quedaba expuesta su honra, reclinó su cabeza en el hombro materno, ocultóla en uno de los pliegues del verde chal, y allí, dejando que corriese su escaldado llanto, sacudido todo su enorme cuerpo por los sollozos, volvía á encontrar el grito de su niñez, el ay lastimero de cuando era pequenito:

— Mamá... mamá...



XXII.

DRAMAS PARISIENSES.

¡ Ay ! cuán ligeras huyen
las horas del amor !
Un sueño, un punto, nada...
la vida de la flor !...

A la media luz del gran salón en traje de verano, atestado de flores, cubierto de fundas blancas el damasco de la sillería, encapuchadas las arañas, corridas las cortinas, las ventanas abiertas, la señora Jenkins sentada al piano descifra

la última melodía del compositor en boga; algunas frases sonoras que sirven de acompañamiento á unos pocos versos exquisitos, un *lied* melancólico, entrecortado desigualmente, que parece escrito de intento para las tiernas gravedades de su voz y el estado intranquilo de su alma.

Pronto el destino aciago
trueca el goce en dolor,

suspira la pobre señora, enterneciéndose al són de su propio lamento; y mientras las notas se desparraman por el patio de la casa en el cual suena el goteo de la fuente circuida de apretados rododendros, la cantatriz se detiene, sosteniendo el acorde con las manos, clavados los ojos en el papel de música, pero la mirada perdida en un más allá... El doctor está fuera. El cuidado de sus asuntos, de su salud, le han desterrado de París por algunos días, y como acontece siempre que se está solo, las ideas de la hermosa señora Jenkins han tomado ese sesgo grave, esa tendencia analítica que tan fatales hace á veces las separaciones momentáneas aun para los matrimonios más unidos... Unidos, había tiempo que no lo estaban. No se veían más que á las horas de comer, delante de los criados; apenas se hablaban, fuera de cuando él, el hombre de las formas aterciopeladas, se permitía alguna observación brutal, descortés, acerca de su hijo, de la edad que comenzaba á dejar sentir en ella sus estragos, ó de algún traje que no la sentase bien. Siempre serena y dulce, ahogaba ella su llanto, callaba á todo, como si no lo comprendiese; no por amor, que no podía el suyo haber sobrevivido á tantos desdenes y á tantas crueldades, sino porque, como decía el cochero Joë, «la vieja lapa lo que quería era pescarle por marido». Hasta entonces, un obstáculo insuperable, la vida de la mujer legítima, había venido prolongando aquella deshonrosa posición. Hoy que había desaparecido el obstáculo, quería dar fin á la comedia, por Andrés, quien de un momento á otro podría verse obligado á despreciar á su madre, por la gente á la cual venían engañando diez años hacía y á cuyas tertulias no asistía nunca sin la mayor zozobra por miedo á la acogida de que sería objeto al siguiente día de un descubrimiento. Á sus insinuaciones, á sus ruegos, Jenkins

contestaba al principio en frases, con gestos abiertos: «¿Dardaríais acaso de mí?... ¿Por ventura no es sagrado el compromiso que nos une?»

Alegaba asimismo la dificultad de mantener secreto un acto de tanta importancia. Más tarde se había encerrado en un mutismo rencoroso, preñado de cóleras implacables y de violentas resoluciones. La muerte del duque, la derrota de su desmesurada vanidad habían descargado el golpe postrero; porque el infortunio, que suele avecindar los corazones inclinados á unirse, remata y ahonda las desuniones. Y el infortunio era serio. Interrumpida de improviso la boga de las perlas Jenkins, definida admirablemente por Bouchereau en el Boletín de la Academia la situación del médico extranjero y charlatán, sus clientes se miraban consternados, más pálidos aún de terror que de absorciones arsenicales, y ya el irlandés había podido experimentar esos cambios de viento repentinos que tan peligrosos hacen los entusiasmos parisienses.

Por esto sin duda había creído oportuno Jenkins desaparecer por algún tiempo, dejando á la señora que siguiese frecuentando los salones no cerrados todavía, á fin de tomar el pulso y contener la opinión. Ruda tarea para la pobre mujer, la cual notaba por todas partes el papel frío que le hicieran, á raíz de la muerte de Mora, en casa de Hemerlingue. Pero no se quejaba, esperando de esta suerte hacer méritos para el matrimonio, y en último caso, establecer entre ella y él el doloroso vínculo de la compasión, de las pruebas sufridas en común. Y como ella sabía que sus amigos la apreciaban principalmente por su talento, por la distracción artística que llevaba á las tertulias íntimas, dispuesta como estaba siempre á deponer encima del piano sus largos guantes, su abanico, para preludiar algún fragmento de su rico repertorio, afanábase en estudiar, pasaba sus tardes hojeando las novedades, dedicándose con preferencia á las armonías tristes y complicadas, á esa música moderna que, no contenta con ser un arte, se hace una ciencia, responde, mejor que al sentimiento, á nuestras nervosidades, á nuestras desazones.

¡Un sueño, un punto, nada...
la vida de la flor!

Pronto el destino aciago
trueca el goce en dolor.

... De improviso penetró en el salón un chorro de luz intensa precediendo á la camarera que traía á su señora una tarjeta de visita: «Heurteux, agente de negocios.»

El fulano estaba aguardando é insistía en ver á la señora.

—¿No le habéis dicho que el doctor está ausente?

Se lo había dicho; pero era á ella á quien quería hablar.

—¿Á mí?

Con cierta desazón examinaba aquella tarjeta grosera, arrugada, y aquel apellido desconocido y duro: «Heurteux.»

¿Qué querrá?

—Está bien, que pase.

Heurteux, agente de negocios, que desde la luz clara pasaba á la penumbra del salón, hacía guiños, con andar inseguro, esforzándose en ver. Ella, por lo contrario, percibía distintamente una figura de recio palo, patillas canosas, quijadas salientes, uno de esos merodeadores de la Ley que pululan por las cercanías del Palacio de Justicia y que parecen nacidos á los cincuenta años, la boca amarga, el semblante envidioso, una cartera de cuero debajo del brazo. Sentóse en el filo de la silla que ella le señalaba. Volvió la cabeza para cerciorarse de si la criada había salido, en seguida abrió metódicamente la cartera como para buscar algún documento. En vista de que no decía nada, inició ella la conversación en tono como impaciente:

—Debo advertiros, caballero, que mi marido está fuera y que yo no estoy al tanto de ninguno de sus asuntos.

Sin perder su calma ni sacar la mano de entre sus mamotretos, el interpelado contestó:

—En tanto me consta, señora, que M. Jenkins está fuera, y acentuó muy marcadamente las dos palabras: «M. Jenkins», cuanto que vengo de su parte.

Ella le miró azorada.

—¿De parte suya?...

—Sí, señora... El doctor, no lo ignoráis á buen seguro, se encuentra por de momento en una situación bastante apurada. Malas jugadas de Bolsa, la quiebra de una gran sociedad financiera en la cual interesaba, la obra de Bethlehem,

tan gravosa para él solo, todos estos descabros reunidos le obligan á adoptar una resolución heroica. Ha decidido vender su palacio, sus tiros, cuanto posee, y me ha dado poderes para ello...

Por fin había dado con lo que buscaba, uno de esos pliegos sellados, acribillados de llamadas, de enmendaturas, en que tantas cobardías y falsedades suele protocolizar la ley impasible. La señora Jenkins iba á decir: «Pero ¿por qué acudir á personas extrañas? ¿Quién como yo podía cumplimentar su voluntad, sus órdenes?...» Cuando de pronto, por el desparpajo del visitante, por su actitud suelta, casi insolente, cayó en la cuenta de que también á ella la alcanzaba aquella liquidación, aquel abandono del costoso palacio, de las riquezas inútiles, y que su partida había de ser la señal de la venta.

Se puso en pié bruscamente. El agente, sin moverse de la silla, prosiguió:

—Lo que me falta comunicaros, señora—¡oh! harto lo sabía ella, hubiera podido dictárselo letra por letra,—es tan penoso, tan delicado... M. Jenkins estará fuera de París por algún tiempo, y por temor de exponeros á los azares, á las aventuras de la nueva vida que va á emprender, de alejaros de un hijo en quien adoráis y en cuyo interés acaso vale más...

Ella ni le veía, ni le oía, y mientras él iba recitando sus acarameladas frases, ella, entregada á la desesperación, á la locura tal vez, oía cantar en sus adentros la obstinada melodía que la acosaba en tan espantoso desquiciamiento, como en los ojos del hombre que muere ahogado subsiste la postrera imagen entrevista...

Pronto el destino aciago
trueca el goce en dolor.

De improviso reapareció en ella el sentimiento de su orgullo.

—Acabemos, caballero. Vuestras frases, vuestros circunloquios son para mí un nuevo insulto. La verdad es que se me echa, que se me arroja á la calle como á una criada.

—¡Oh! señora, señora... La situación es harto cruel de suyo, no queramos envenenarla con recriminaciones. En la

evolución de su *modus vivendi*, M. Jenkins se separa de vos, pero lo hace con la muerte en el alma, y las proposiciones que estoy encargado de hacer os prueban cuáles son sus sentimientos... En primer lugar, por lo que toca á mobiliario y ropas, estoy facultado para dejar que os llevéis...

—Basta, replicó ella.

Llamó precipitadamente:

—Salgó... Pronto, el sombrero, la manteleta, cualquier cosa... Apriña.

Y mientras iban en busca de lo que pedía:

—Cuanto hay aquí pertenece á M. Jenkins. Que haga de ello lo que mejor le plazca... No quiero cosa alguna... No insistáis, es inútil.

El agente no insistió. Cumplido el encargo, lo demás le tenía sin cuidado.

Sosegadamente, fríamente, la desahuciada se puso el sombrero con todo cuidado, frente al espejo, mientras la criada le sujetaba el velo, le ajustaba á los hombros los pliegues de la manteleta: después miró al rededor, buscó durante un momento por si olvidaba algo importante. No, nada, las cartas de su hijo las traía en el bolsillo; nunca se separaba de ellas.

—¿Quiere la señora que enganchen?

—No.

Y salió.

Serían las cinco. En aquel momento, Bernardo Jansoulet trasponía la verja del Cuerpo legislativo, con su madre del brazo; pero por lastimoso que fuese el drama que se representaba allí, el de aquí lo era todavía más, más repentino, más imprevisto, sin la menor solemnidad, el drama íntimo entre carne y piel, de esos que improvisa París á cada momento; de ahí proviene tal vez esa vibración del aire que en él se respira, esas sacudidas que sobrecitan los nervios de todos sus moradores. El tiempo era magnífico. Las vías de aquella barriada suntuosa, anchas y rectas como calzadas, resplandecían á la luz que comenzaba á declinar, alegradas por ventanas abiertas, por balcones floridos, por masas de verdura que se vislumbraban en el fondo de los bulevares, tan ligeras, tan movedizas por el contraste de los horizontes rectos y duros de la piedra. Hacia ellos descendía el precipitado

andar de la señora Jenkins, quien avanzaba á la ventura en un aturdimiento doloroso. ¡Espantosa caída! Rica cinco minutos antes, rodeada de todo el respeto y las comodidades de una existencia de gran tono. De pronto nada. Sin techado bajo el cual dormir, hasta sin nombre. La calle.

¿Adónde iría? ¿Qué sería de ella?

En el primer momento había pensado en su hijo. Pero confesar su falta, ruborizarse delante de su respetuoso hijo, llorar en su presencia privándose aun del derecho de ser consolada, era superior á sus fuerzas... No, sólo le quedaba la muerte... Morir cuanto antes mejor, librarse de la vergüenza por medio de una desaparición completa, el desenlace fatal de las situaciones inextricables... Pero ¿dónde morir?... ¿cómo?... ¡Había tantas maneras de hacer aquel viaje!... Y mentalmente, andando, iba repasándolas todas. En torno suyo rebosaba la vida, lo que le falta al París de invierno, el desplegarse al aire libre de su lujo, de sus elegancias, visibles á aquella hora del día, en aquella estación del año, al rededor de la Magdalena y de su mercado de flores, en un espacio ceñido por la fragancia de las rosas y los claveles. En la ancha acera donde se exhibían los trajes, mezclando sus restregones con la vibración de los árboles refrescados, había algo como el placer del encuentro en un salón, cierto aire de conocimiento entre los paseantes, sonrisas, saludos discretos que se cruzaban al paso. De pronto la señora Jenkins, inquieta por la alteración de su fisonomía, por lo que podrían pensar de ella al verla correr de aquella suerte ciega y preocupada, adecuaba su marcha al curiosear de un simple paseo, deteniéndose á pasitos delante de los aparadores. Los escaparates pintados, vaporosos, hablaban todos de viajes, del campo; colas tenues para la fina arena de los parques, sombreros arrollados de tul para resguardo del sol de las playas, abanicos, sombrillas, escarcelas. Sus ojos se clavaban sin ver en aquellos cachivaches: pero un reflejo vago y palidecido en los transparentes cristales le mostraba su imagen tendida, inmóvil, en una cama de alquiler, con el sueño de plomo de un narcótico en la cabeza, ó allá abajo, allende las murallas, removiendo el lodo de algún esquife amarrado. ¿Qué era lo mejor?

Vacilaba, buscaba, comparaba: luégo, una vez decidida,

marchábase rápidamente con ese resuelto movimiento de la mujer que se sustrae con pesar á las sabias tentaciones de la exhibición. En el momento de romper la marcha, el marqués de Monpavon, apuesto y arrogante, con una flor en el ojal, saludábala de lejos con uno de esos sombreros que tanto halagan la vanidad de las mujeres, la última palabra del saludo de calle, el sombrero enarbolado encima de la cabeza cuan erguida se pueda. Ella le devolvía un gentil saludo de parisiense expresado por medio de una imperceptible inclinación del talle y una sonrisa de ojos; y al ver aquel trueque de cortesías exquisitas en medió del regocijo primaveral, nadie imaginara que era una misma la siniestra idea que guiaba á aquellos dos paseantes cruzados por el azar en el camino que seguían en sentido inverso aunque con igual dirección.

Habiase cumplido para el marqués la predicción del ayuda de cámara de Mora: «Podemos morir, perder el poder, entonces se os pedirán cuentas, y será terrible.» Terrible era con efecto. Á fuerza de fuerzas, había conseguido el ex-recaudador general un improrrogable plazo de quince días para saldar sus cuentas con el Tesoro, fiando, como última áncora de salvación, en que Jansoulet, validado, y en posesión otra vez de sus millones, acudiría una vez más en su auxilio. La decisión de la Asamblea acababa de arrebatárle aquella postrera esperanza. En cuanto la supo, volvióse al casino muy tranquilamente, subióse á su cuarto donde Francis le aguardaba con impaciencia para entregarle un importante documento recibido aquel día. Era una citación al ilustre señor Luis-María-Agenor de Monpavon para que al día siguiente se presentase en la audiencia del juez de instrucción. ¿Á quién iba dirigida? ¿al censor de la *Caja territorial* ó al ex-recaudador general en descubierto? Fuese de ello lo que fuese, la fórmula brutal de la citación usada desde el primer momento, en vez de una convocatoria discreta, manifestaba bien á las claras la gravedad del asunto y las firmes resoluciones de la justicia.

Para una extremidad como aquella, aguardada y prevista desde mucho antes, el viejo pisaverde tenía ya adoptado su partido. ¡Un Monpavon en la correccional, un Monpavon, bibliotecario en Mazas!... Jamás... Puso en orden sus asuntos, rasgó papeles, vació cuidadosamente sus bolsillos en los cua-

les deslizó tan sólo algunos ingredientes que tomó de su mesa-tocador, todo ello con tanta calma y naturalidad que cuando en el momento de irse dijo á Francis: «Voy al baño... Diablo de Cámara... Cuánto polvo...» el criado le creyó por su palabra. Ello es que el marqués no mentía. Aquel plantón prolongado y expectante, allá arriba, entre el polvo de la tribuna, le había molido los huesos tanto como dos noches seguidas de ferro-carril: y unida, su resolución de morir, á las ganas de tomar un buen baño, el viejo sibarita se recreaba con la idea de morir como caramba... no que no... ps... ps... ps... y otros famosos personajes de la antigüedad. Hay que hacerle justicia; ni uno sólo de esos estoicos se encaminó á la muerte con más serenidad que la suya.

Enflorecido encima de su roseta de oficial con una camelia blanca con que le engalanó al paso la gentil ramilletera del Casino, remontaba en airoso andar el bulevar de los Capuchinos cuando el encuentro con la señora Jenkins vino á turbar por un minuto su serenidad. Había observado en ella un aire juvenil, un fuego en los ojos, cierto no sé qué tan agradado que se paró á contemplarla. Alta y hermosa, con larga falda de tul negro rozagante, ceñidos los hombros por una manteleta de encaje encima de la cual dejaba caer una guirnalda de otoñal follaje el ramo de su sombrero, iba alejándose hasta perderse por entre una porción de mujeres no menos elegantes, en una atmósfera embalsamada; y la idea de que sus ojos no volverían ya á presenciar aquel gentil espectáculo que saboreaba como perito, malhumoró algún tanto al antiguo galán, refrenando el arranque de su marcha. Pero algunos pasos después, devolvióle todo su valor un encuentro de diversa índole.

Atravesaba el bulevar cierto sujeto, con el cabello á rape, corrido de vergüenza, deslumbrado por la claridad del día; era el anciano Marestang, ex-senador, ex-ministro, tan gravemente comprometido en el asunto de los *Hierros de Malta*, quien, á pesar de su edad, de sus servicios, del gran escándalo de un proceso de aquella naturaleza, había sido condenado á dos años de prisión, borrado de las listas de la Legión de honor entre cuyos altos dignatarios se contaba. Perdida ya la memoria del proceso, el pobre diablo, indultado de parte de la pena, acababa de salir de la cárcel, aurrullado, mal vesti-